

EXCMO  
M. B.  
BT 98  
M. C.

Es propiedad.



FONDO COMODORO  
VALVERDE Y TELLEZ

## CONFERENCIA XIII

### ORIGEN DEL MUNDO

Credo in Deum...  
Creatorem caeli et terra.

EXCMO. SEÑOR, SEÑORES:

Cuando me preparaba el año pasado para hablar del sér, de las perfecciones y de la vida de Dios, me sentía oprimido por el peso de mi nada; y desconociendo de poder elevarme hasta aquella infinita grandeza, incomprendible para todo creado entendimiento, me prosterné en tierra, y exclamé con el Profeta: *De profundis clamavi ad te Domine.* «Desde el profundo abismo de mi debilidad clamé á ti, Señor. Oid mi voz, y venid á tomarme de la mano aquí donde me hallo, pues yo no puedo elevarme hasta Vos.» ¿Ha venido el Señor? ¿Me ha transportado á la sagrada cumbre donde se muestra al alma? No me atrevo á afirmarlo, pues todavía me siento débil é impotente. Sin embargo, señores, el recuerdo de vuestra atención benévola y de vuestras religiosas emociones me hace creer que mi oración no ha sido vana, y que á lo menos puedo, gracias á la asistencia divina, introducirme en ese mundo lleno de misterios, y tan poco estudiado por el espíritu humano, y excitar en vosotros el deseo de explorarlo.

Después de estudiar el sér, la inteligencia, la voluntad y la vida de Dios, hemos procurado examinar en la misma esencia divina el acto del cual depende la producción de las criaturas.

098160

Hemos visto que este acto, indispensable para explicar la existencia y la perfección última de todo ser finito, no causaba ninguna mudanza en la existencia ni en la perfección del Ser infinito. Más breve; hemos considerado la obra de Dios en su origen inmutable y eterno. Para justificar esta afirmación doctrinal bastarían las primeras palabras con que comienzan las Divinas Escrituras: *In principio creavit Deus caelum et terram*: «En el principio creo Dios el cielo y la tierra.» Podría, pues, dar por suficientemente tratada la cuestión sobre el origen del mundo, y pasar desde luego á hacerlos admirar en sus magnificencias las perfecciones de nuestro gran Dios; pero la ciencia me sale al encuentro con afirmaciones extrañas, á que debo responder, y con pretensiones legítimas, que quiero satisfacer. No puedo contemplar las obras de Dios y describir sus bellezas antes de haber expuesto, comentado, explicado y probado estas dos proposiciones:

1.<sup>a</sup> El mundo procede de Dios; y yo desafío á la ciencia que me muestre una sola nota que pueda hacernos dudar de su origen divino.

2.<sup>a</sup> El mundo procede de Dios, y procede de la manera que la Escritura nos ha dicho que procede; y yo desafío á la ciencia que muestre entre los hechos por ella observados y la palabra de Dios, una sola contradicción real é insoluble.

I

Job decía á sus amigos: «Preguntad á las bestias del campo, y os lo enseñarán; y á las aves del cielo, y os lo mostrarán. Hablad á la tierra y os responderá, y os lo contarán los peces del mar. ¿Quién ignora que la mano del Señor hizo todas estas cosas?» (1). Nadie, ignora, señores, entre las personas cultas, que

(1) Interroga jumenta, et docebunt te; et volatilia caeli, et indicabunt tibi; loquere terrae, et respondebit tibi; et narrabunt pisces maris. Quis ignorat quod omnia haec manus Domini fecerit? (Job, cap. xii, vers. 7, 8 y 9.)

el mundo sea obra de Dios. Pero hay muchos que, movidos por razones que no enumeraré ni apreciaré en este lugar, quisieran fuese de otra manera.

Algunos, ocupados exclusivamente en lo que ellos llaman datos positivos de la experiencia, afectan relegar las causas á un mundo oscuro é inaccesible, donde esperan que caigan pronto en olvido. ¡Vana esperanza! El empirismo sin conclusiones no puede satisfacer las exigencias del entendimiento humano. Un instinto persistente le impele en busca del primer principio de las cosas. Por eso, si quiere pasar sin Dios, es preciso que lo sustituya con alguna otra cosa; y no respondiendo sino los cuerpos á las investigaciones de sus sentidos, á los cuales ha traspasado el imperio de su razón, afirma la única existencia y el soberano poder de la materia.

He impugnado extensamente en otro lugar esta afirmación, y me creo dispensado de volver á ocuparme aquí en ella (1). Ya no habría más cuestión sobre el materialismo, señores, si no estuviera protegido por un sistema que le permite acumular las dudas sobre el dogma de la creación; de manera que pretende reconstituir el derecho de negar la causa suprema, por él tan aborrecida, y volver á levantar su ídolo sobre el derribado pedestal. Hablo del *Transformismo*.

Yo no puedo examinar aquí los antecedentes y el origen del transformismo, ni pedir cuenta de sus tendencias y de sus designios al autor de este sistema. Que sea ó no conforme á sus intentos, el espíritu de error se ha apoderado de su idea, que explota y exagera hasta el extremo de pretender hallar en ella la prueba de la *autogénesis* (2) del mundo. Mas esta prueba no la hallará.

¿Qué es el transformismo? Os lo diré, señores, en pocas palabras, porque es de todo punto indispensable el conocimiento de un sistema, si ha de juzgarse con acierto del uso que se hace de él.—Un sabio inglés,

(1) Véase la Conferencia sexta: *El ídolo contemporáneo*.

(2) Acción por la cual se crearía á sí mismo el mundo.



después de haber empleado largo tiempo en el estudio de las transformaciones con que se multiplicaban las razas, ha creído que podía aplicar esa fuerza transformadora al paso de una especie á otra especie, y reformar los cuadros de la ciencia, reduciendo el conjunto de los seres vivientes á un número muy pequeño de tipos primitivos. En virtud de algunas leyes simples, universales y constantes, como todas las de la naturaleza, la especie tiende, no solamente á la variedad, sino á una variedad infinita, y esta tendencia llega á producir cambios tan profundos y radicales, que un viviente puede ser totalmente desconocido, comparado con su punto de partida.

Bajo la influencia de mil circunstancias fortuitas, un sér viviente sufre modificaciones útiles á su existencia. Estas modificaciones se fijan en su naturaleza, se transmiten y se multiplican por vía de herencia; esta es la *selección natural*.

Abierto el teatro de este mundo, los débiles se encuentran al lado de los fuertes. Vivirían pacíficos, si la necesidad no les forzase á combatir por la existencia. En esta lucha sucumbe el débil, y le sobrevive el fuerte en condiciones de poder transmitir á su vigorosa posteridad los frutos de su triunfo; esta es la *concurrencia vital*.

Se verifica una modificación en cualquiera parte del cuerpo. En virtud de las armonías orgánicas de todo sér viviente, esta modificación introduce otra correspondiente en la parte homóloga del mismo cuerpo; esta es la *correlación de los crecimientos*.

Vigoroso, triunfante, revestido de nuevos encantos por la naturaleza que él ha modificado, el viviente hace valer sus prerrogativas contra los que pudieron disputarle el amor del sér que asocia á su vida, para la obra de la reproducción. Vencedor por segunda vez, asegura en su raza los progresos que le constituyen el más fuerte y el más bello entre todos: esta es la *selección sexual*.

A todo esto añadid las emigraciones y la influencia de otros medios, y comprenderéis cómo de transfor-

mación en transformación un briozóico ha podido llegar á ser un cetáceo, un gubio un águila, el humilde topo un elefante (1).

No os riáis, señores. Estas transformaciones os parecen extrañas, mas en sí mismas no son imposibles. Así como Dios ha concentrado la vida de un individuo en un embrión que no llega á su completo desarrollo sino sufriendo una serie de variaciones que de día en día le modifican profundamente, ha podido concentrar la vida universal en un protoorganismo, cuyas evoluciones llegasen á la espléndida difusión de la vida que al presente admiramos. Entonces sería necesario considerar las aguas y la tierra, á las cuales en el principio ordena la voz del Omnipotente que producen, no como simples medios, sino como causas activas y fecundas (2).

Igualmente, tampoco bastaría contentarse con seguir, á través de la gradación de las especies, la evolución de la idea divina que hace surgir un plan fundamental de formas infinitamente variadas; sino que sería menester seguir la evolución de la vida misma, paralela á la evolución de la idea divina.

Este plan, señores, no es indigno de la perfección del Creador, y por otra parte lisonjea nuestra propensión á la unidad. Nosotros veríamos de buen grado salir de un solo principio físico todos los seres que Dios ve en una sola idea. A primera vista, y según el parecer de los más graves hombres, el transformismo es seductor, como todos los sistemas simplificadores. Parece explicar la variedad fundamental del mundo orgánico, las relaciones morfológicas y anatómicas de los seres vivientes, la extinción de las especies, las aberraciones, las inutilidades y defectos de apropiación.

(1) Cf. Carlos Darwin: *Origen de las especies*.

(2) Dum dicitur: producat aquie nemo sane cogitat terram, aut aquam, quamvis ex Dei imperio artifices animalium, aut plantarum fuisse, varoque eorum parentes. Intelligenda sunt verba de loco ubi hæc existere ceperunt, ac si diceret: producantur in terra. (J. B. Pianciari, in *hist. creat. commentatio*, página 10, 3.)

ción que concuerdan difícilmente con la sabiduría del Criador; Él ha hecho un señalado servicio á la ciencia reduciendo cierto número de formas animales á una forma específica y única, corrigiendo así la intemperancia de los clasificadores (1). Mas á pesar de esto no tiene derecho para protestar, en nombre de la ciencia, contra una noción de tal suerte arraigada en el espíritu humano, que la divergencia en las definiciones no basta á destruir la noción de especies distintas ó incommutables (2). Esta noción, nacida de la observación de los hechos, no puede ser destruida sino por otros hechos en contra. Pero los transformistas no poseen hecho alguno que justifique su atrevida conclusión: *Las especies son inmutables*.—Su defecto capital consiste en exagerar la experiencia y el nervio de su argumentación; concluir de la posibilidad la existencia del hecho.

¿Qué dice la experiencia? Que la especie es variable, pero que no cambia; que su elasticidad es limitada y no indefinida. Las especies contemporáneas son las mismas que las de los tiempos más remotos de la historia humana; los siglos y la acción de las leyes modificadoras, invocadas por el transformismo, no han podido imprimir en ellas el menor cambio. La Paleon-

(1) Cf. A. de Quatrefages: *Darwin y sus precursores franceses. Estudio sobre el transformismo*, (I p., caps. II y III.)

(2) Mr. Quatrefages, en su *Estudio sobre el transformismo*, cita veinte definiciones de la especie, dadas por los principales naturalistas. Estas definiciones varían en la expresión de las ideas accesorias, pero convienen esencialmente sobre los puntos fundamentales... He aquí la de Mr. Quatrefages: «La especie es el conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí, que han descendido, ó que pueden mirarse como descendientes de un par único y primitivo, por una sucesión no interrumpida y natural de familias.»

Define la raza: «El conjunto de individuos semejantes pertenecientes á una misma especie, que han recibido, y transmiten por vía de generación, los caracteres de una variedad primitiva.» La variedad: «Un individuo ó un conjunto de individuos pertenecientes á una misma generación sexual, que se distinguen de otros representantes de la misma especie por uno ó muchos caracteres excepcionales.»

tología nos enseña que una multitud de familias caracterizadas aparecen en la escala zoológica sin ser precedidas de tipos precursores (1). Esta ciencia no nos revela la marcha ascendente que los protoorganismos debieran haber seguido en su desarrollo progresivo; en vano le demandamos los innumerables seres intermedios, que con sus variaciones sucesivas debían señalar el paso de una especie á otra. Consultada sobre su fenómeno esencialmente fisiológico—la reproducción,—la vida nos responde que ella tiende á fijarse en la especie; que los productos híbridos de dos especies próximas concluyen siempre por la esterilidad, á no ser que vuelvan á la especie de uno de sus ascendientes; y que no debe atribuirse esa esterilidad á la incesante vigilancia y al empleo de todos los recursos del arte humano por impedir esos retrocesos (2). Ved aquí, señores, los datos de la experiencia; omito ahora la crítica directa de las leyes á cuya acción es atribuida la transformación de las especies, leyes que, á juicio de varios fisiólogos, más bien tienden á la uniformidad que á la variación.

A estos datos de la experiencia opone el transformismo dos cosas: el tiempo y lo desconocido. Los siglos históricos nada concluyen contra él, porque la

(1) No se verifica este hecho sólo en los representantes más infimos que dan principio á las clases y á las familias. Los crioloides ocupan, en efecto, un puesto elevado en la clasificación de los radiados, y esta familia empieza por sus tipos más perfectos, los *cañolopos* son los moluscos más perfectos, y los primeros peces hercocteos, de los cuales muchos recuerdan por sus caracteres, en la época siguiente, los reptiles, se aventajan bajo casi todos conceptos á los que pueblan nuestros mares. Estos hechos, ya incontestables, se armen mal con la doctrina de la transformación de las especies y su desarrollo indefinido. Se ha evidenciado que muchas familias bien caracterizadas aparecen bruscamente, sin ser anunciadas por tipos precursores.

«Se ha reconocido que desde las épocas más remotas, los tipos generícos y específicos son tan caracterizados y tan distintos como los de nuestros días.» (Coutejean: *Geología y Paleontología*.)

(2) Cf. Quatrefages: *Estudio sobre el transformismo*, II parte, cap. II y siguientes.



naturaleza ha podido realizar holgadamente el curso de todas sus variaciones, hoy ya consolidadas, durante los millones de años que han precedido á la historia. La Paleontología no suministra á la ciencia sino documentos insuficientes, y hay derecho para mirar «los archivos naturales de la Geología como memorias observadas con negligencia al formar la historia del mundo, y redactadas en un idioma alterado y casi por completo perdido» (1). Lo que quiere decir que el transformismo suprime sin escrúpulo todas las experiencias que le embarazan, para lanzarse libremente, por sobre el hecho de la variabilidad limitada de las especies, al inmenso campo de la hipótesis. La especie, nos dice, se cambia en raza, luego puede cambiarse en otra especie. Como si yo dijera: El hombre va de París á Pekin, luego puede ir desde la tierra á la luna. No es éste, señores, el modo de tratar la ciencia; por eso un defensor eminente del transformismo se ha visto obligado á confesar que este sistema «no podía ser aceptado definitivamente, sino con la condición de mostrar que el crecimiento por selección puede dar origen á una especie fisiológica» (2).

En este estado de la cuestión, yo tendría derecho, á mi vez, de aplazar á los paladines del transformismo

(1) Véase íntegro el texto original de Darwin: "Yo considero los archivos naturales de la Geología como memorias mal observadas para servir á la historia del mundo, y redactadas en un idioma alterado y casi perdido. De esta historia no poseemos más que el último volumen, que contiene la descripción de los acontecimientos realizados en dos ó tres comarcas. De este mismo volumen solamente se conserva aquí y acullá un corto capítulo, de cuyas páginas sólo algunas líneas en cada una inteligibles. Las palabras del idioma sucesivamente variable, en el cual está escrita esta oscura historia, llegando á ser más ó menos diferente en los capítulos sucesivos, representan los cambios en apariencia repentinos y bruscos de las formas de la vida separadas en nuestros estratos sobrepuestos, y por lo mismo intermitentes. Cuando se miran desde este punto de vista las objeciones que acabamos de examinar, no parecen menos fuertes, sino es que desaparecen por completo."

(2) Huxley: *Del puesto que ocupa el hombre en la naturaleza*, capítulo II.

universal, que pretenden probar científicamente el *autogénesis* del mundo, hasta el día en que puedan presentar una teoría basada en hechos completamente desligados de toda hipótesis, un sistema verdaderamente científico; pero no quiero, señores, que se me acuse de buscar un efugio.

Supongo, pues, que la evolución de un solo tipo primitivo, á través de todas las evoluciones del reino animal, sea un hecho demostrado por la ciencia: ¿cómo puede ésta concluir de ese hecho la eliminación de toda causa extraña al mundo?

¿Descenderá la ciencia por las pendientes de la vida hasta llegar á los seres ambiguos que flotan en los confines del reino vegetal y animal? ¿Verá en esos seres una transición real de un reino al otro por vía de transformación? ¿Buscará en los confines del mundo vegetal la célula rudimentaria, la simple *mónera*, el *organismo sin organismo*? ¿Atribuirá la generación de este primer elemento de vida á la acción de las fuerzas *físico-químicas*, y dirá después de esto: en la naturaleza todo nace de la naturaleza misma, y Dios es causa tan insignificante, que no merece la pena hablar de El? En verdad, señores, esto sería salvar con pasmosa facilidad los abismos más profundos que es posible imaginar. Si la ciencia de los ateos tiene los pies demasiado ágiles y la cabeza harto ligera para intentar esta expedición, hay una ciencia más grave que rehusa semejantes aventuras. Esta ciencia persigue los gérmenes en todos los medios que pueden ocultarlos, y cuando ha conseguido destruirlos, espera que la naturaleza produzca. En vano: destruidos los gérmenes por todas partes, la naturaleza es estéril.

Puede, pues, la ciencia proclamar, en nombre de la experiencia, que la materia privada de espontaneidad nada puede engendrar; «que no puede darse generación espontánea, que todo conspira á rechazarla, y que es necesario mirar como definitivamente condenada la doctrina que la afirma» (1). Mas en-

(1) Esto es lo que han establecido sabios eminentes, Humboldt:

tonces ¿de dónde viene la vida?—Si el mundo inferior es incapaz de engendrar, es indispensable que una causa superior intervenga en su origen, y que el acto de trascendencia supla á la descendencia. El buen sentido nos indica este acto, señores, porque nos dice que lo *más* no puede derivar de lo *menos*; por consiguiente, la materia organizada de la materia inorgánica. Que se siga especulativa ó experimentalmente el encadenamiento de las causas, siempre será preciso reconocer la verdad de este axioma de los antiguos: todo lo que es primero en un género, es perfecto: *Omne primum perfectum*. La ciencia está acorde con el buen sentido, cuando confiesa el misterio de la vida (1); cuando proclama que «la vida no nace de la muerte, sino de la vida;» (2) que la vida es la creación...; que en todo germen viviente hay una idea creatriz que se desarrolla y se manifiesta mediante la organización; que todo procede de la idea que crea y dirige (3); que la primera aparición de los seres orgánicos sobre la tierra es un enigma indescifrable que nos obliga, á pesar nuestro, á recurrir al poder infinito de un Creador.» (4).

¿Dónde estamos, señores? Hemos aislado el transformismo de la generación espontánea, y, por consiguiente, lo hemos reducido á no ser, en manos de la ciencia atea, más que un arma sin valor. En efecto; importa poco para el origen divino del mundo que todos los seres vivientes hayan salido de muchos gérmenes ó de

*Carta á Varnhagen.—Longet: Tratado completo de Fisiología.—Pasteur: Heterogeneia ó tratado de la generación espontánea, apoyado en nuevas observaciones.—Flourens: Ontología natural y curso de Fisiología.—Claudio Bernard: Memoria sobre los progresos de la Fisiología general en Francia.*

(1) El saber cómo las plantas han aparecido sobre la tierra, nos es tan imposible á nosotros los naturalistas, como averiguar el primer origen de todas las cosas. (Bischof.) Cf. Hettinger, *Apología del Cristianismo*, tomo 1, pág. 122, edición de la Pro-paganda Católica.

(2) Flourens.

(3) Claudio Bernard.

(4) Bernardo Cotta.

uno solo, puesto que en ambos casos es necesario recurrir al acto trascendente del Creador. Imaginaos un protoorganismo perfecto, en el cual se halla condensada la vida de toda la naturaleza, y cuya evolución natural produce sucesivamente todas las especies; Dios es quien lo ha creado. Imaginaos, si os place, una célula elemental, que se perfecciona con el concurso de las fuerzas cósmicas, y llega á ser la madre fecunda de los vivientes; Dios es quien ha criado esta célula y quien la conduce y dirige en todos sus progresos; porque repugna atribuir á un movimiento ciego y á circunstancias enteramente fortuitas el armonioso desarrollo de la vida en el mundo. El autor del transformismo, que no intentaba ciertamente mostrarnos la acción de la Providencia en el progreso de la vida, se ha visto obligado á convertir la *selección natural* en un poder inteligente que examina, mide y ordena (1); y uno de sus discípulos confiesa que si la ciencia de los fenómenos naturales puede explicarse por la transformación... deja poderoso como nunca el argumento en favor de un plan, y, por consiguiente, de un arquitecto» (2).

Cuan lejos estábamos nosotros, señores, de la atrevida afirmación que suprime la causalidad divina, otro tanto están los partidarios de la autogénesis del mundo de abandonar la doctrina de la generación espontánea, á pesar de las negaciones de la ciencia. En presencia de las investigaciones modernas y de los hechos de adquisición tan reciente, después de haber seguido atentamente la discusión y los detalles de las observaciones, no vacilan en mirar la generación es-

(1) Puedo decirse, en sentido metafórico, que la selección natural examina cada día y á cada hora, á través del mundo entero, todas las variaciones, hasta las más imperceptibles, para desechar lo que en ellas haya de malo, y conservar y agregar todo lo que haya de bueno; y que ella siempre obra así por todas partes, desde que se le presenta la ocasión para el perfeccionamiento de cada ente organizado, con relación á sus condiciones de existencia orgánica é inorgánica. (*Origen de las especies*.)

(2) Ch. Lyell: *Antigüedad del hombre, probada por la Geología*.



pontánea como un fenómeno extraño á nuestro mundo actual, pero nos harán observar que la ciencia no ha demostrado aún la imposibilidad de la formación de un sér viviente por la acción sola de las fuerzas fisico-químicas, y que nada nos autoriza para sostener que haya sido siempre imposible en lo pasado, ó que no puede existir alguna vez en lo porvenir (1). ¿Qué respuesta es ésta, señores? Hémos aquí de nuevo en presencia de dos fantasmas, evocados eternamente por el transformismo: el tiempo y lo desconocido. Llevemos nuestra generosidad hasta el extremo. Para que no se crea que tememos si se nos ve vacilantes en el terreno de las concesiones, admitamos que la materia inorgánica puede pasar, por vía de generación, de la existencia molecular á la vida. ¿Qué resultaría de esto? ¿Que el mundo se ha hecho sin la intervención de una causa exterior? (2). ¿Que el universo se explica por las causas que existen en él? (3). No, mil veces no. Porque entonces preguntaremos: la materia, madre de los vivientes, ¿de dónde procede? A esta pregunta la ciencia atea no puede dar otra respuesta sino que la materia existe por sí misma.

Existir por sí mismo no es, señores, una cosa insignificante. Sin ser un eminente metafísico, sin cansarse mucho la cabeza, se comprende que es la más grande de todas las perfecciones. Sed, si es posible, eternos,

(1) Mr. Quatrefages: *Estudio sobre el transformismo*, cap. III.—Buchner, andaz siempre en sus afirmaciones, no ha temido estampar estas palabras extrañas, cuyo dogmatismo se opone, de medio á medio, á la teoría de la escueta que se llama respetuosamente á sí misma *experimental*. «Es cierto que no tenemos ni pruebas ni conjeturas plausibles sobre los detalles de las relaciones exteriores mediante las cuales la generación espontánea ha producido en otro tiempo seres más perfectos que hoy en día; estamos lejos de negarlo. Sin embargo, cualquiera que sea nuestra ignorancia sobre muchos detalles de la creación, lo poco que sabemos nos autoriza para afirmar con certeza que ha podido y ha debido verificarse sin la intervención de una fuerza externa.» *Fuerza y materia.*

(2) *Revue: Revista de Ambos Mundos*, 1.º de Agosto de 1863.

(3) Littré: *Conservación, revolución, positivismo.*

inmutables, inmensos, infinitos; todo esto es nada si lo habéis recibido de otro; pero si sois eternos, inmutables, inmensos, infinitos en virtud de la necesidad de vuestro sér, que no puede menos de existir, tendréis toda la perfección absoluta. De donde se sigue que toda perfección está subordinada al sér necesario, y que el sér necesario no puede menos de poseer toda la perfección, puesto que es, por el mero hecho de su existencia, perfección la más grande que se puede concebir. Juzgad ahora de la materia á la luz de estos principios. ¿Cómo podrá atribuirsele lo *más*, si carece de lo *menos*?

Esto es: ¿cómo podrá existir por sí misma, si es compuesta, divisible en todos sentidos, sujeta á continuas mudanzas, y sin manifestarse más que por fenómenos contingentes? En una palabra: ¿cómo podrá existir por sí misma, sin saberlo ni quererlo, puesto que no llega á ser viviente y pensadora sino después de largas y penosas evoluciones? Aquí hay, señores, un abismo de inconcebibles absurdos.

Se me dirá acaso: «Ya conocemos ese género de refutación, ya lo habéis empleado vos mismo; es metafísica (1), mas no científica.» Pero ¿tan científicamente se afirma que la materia existe por sí misma? Pues entonces, ¿á qué ese desdén, os pregunto, de las inteligencias sublevadas contra la metafísica? ¡Ah! Ya lo sé. La metafísica es el código de los principios eternos que gobiernan las ciencias, y en nuestra época se sufren mal los gobiernos. Sin embargo, son tan necesarios en el orden científico como en el orden civil y político. Es tan imposible en la ciencia, sin la metafísica, lo que se llama sentido común, como el orden en una sociedad sin un gobierno respetado. Aceptemos, pues, señores, el juicio *definitivo* de la metafísica, y renunciando á perseguir, fuera del plan divino, una unidad quimérica, adoremos el acto trascendental del Creador, que por todas partes se manifiesta; en el hombre,

(1) Véase la Confer. sexta: *El ídolo contemporáneo*, parte II.

que por sus perfecciones intelectuales se levanta sobre todos los otros reinos de la naturaleza; en el animal, que por la espontaneidad de su movimiento, dirigido por el instinto, excede á la planta; en la planta, que por su organismo se eleva sobre la materia inorgánica que, á pesar de ser contingente, imperfecta, frágil y estéril en sí misma, se coloca, por el hecho mismo de su existencia, á una distancia infinita sobre los insondables abismos de la nada. Atengámonos á esta revelación graduada de la acción de Dios en el mundo, antes que correr las aventuras de los sistemas; mas todavía os diré que debiendo el transformismo organizarse científicamente y convertir en certeza sus hipótesis, en cien mil años como al presente, podremos defender con toda la energía de la verdad esta proposición: «El mundo procede de Dios.» Desafiamos á la ciencia á que nos muestre en él un solo carácter que pueda hacernos dudar de su origen divino.

## II

Hay en el mundo sabio, señores, una multitud de espíritus distinguidos que se creían deshonrados si no admitiesen la conclusión que acabamos de salvar de las asechanzas de la ciencia atea: «El mundo procede de Dios.» La naturaleza se abre ante sus ojos conmovidos, como un gran libro en el cual leen el poder, la sabiduría, la bondad y las perfecciones de su Autor. Leen asimismo en él la larga y dramática historia de nuestro origen. Comparan esta historia con las primeras páginas de nuestros libros sagrados, y no hallando entre los dos términos la perfecta conformidad que se creían en el derecho de poder exigir, concluyen que nosotros poseemos un falso libro de Dios; porque los libros de Dios no pueden ser contradictorios. Así, la Revelación pelagra, con gran contentamiento de los que desean hacer triunfar el racionalismo sobre la fe, y con gran temor de los que defienden que la fe es la luz de la razón. Para quitar todo pretexto á la satisfacción de los unos y confortar la debilidad de los otros,

he asentado antes esta proposición: «El mundo procede de Dios, como la Escritura ha dicho que procede;» y desafío á la ciencia á que me muestre entre los hechos que ella ha observado y la palabra de Dios una sola contradicción real é insoluble.

Antes de desarrollar esta proposición, permitídmela, señores, apelar al buen sentido y á la buena fe de los intérpretes de los dos libros, la naturaleza y la Biblia, y hacerles notar que podrian, si quisieran, colocarse en una actitud de espíritu que les ahorrara muchas colisiones.

La modestia sienta bien en los sabios, sobre todo en los que se ocupan en una ciencia nueva. Ahora, relativamente á las otras ciencias, la que recoge y estudia los monumentos reveladores de nuestro origen, la Geología, es muy moderna, y el texto que ella explota está sembrado de profundidades apocalípticas. No es, pues, juez competente para pronunciar sentencia sin apelación. Si hay entre vosotros, señores, amantes y celadores de esta ciencia, yo les exhorto á no confiar demasiado en la interpretación teórica de los hechos por ellos observados; á que no se crean poseedores del secreto de los vastos sepulcros en que la naturaleza primitiva está sepultada. Cada día la estáis llamando, y ella apenas se levanta de su profundo sueño; esperad á que haya dicho su última palabra, para poner la Revelación en tela de juicio. Acordaos que ha habido sabios que enseñaban en otro tiempo la existencia y la economía de los once cielos y de los cuatro elementos, sabios que llamaban á los fósiles *pedras figuradas* y *juegos de la naturaleza* (1); sabios que veían en las conchas halladas en las montañas pruebas del diluvio. Hoy os causa risa su simpleza. Mas no os riáis; no eran sencillos, sino que carecían de los datos de la ex-

(1) «Como la naturaleza no puede en sus juegos llegar desde el reino mineral á la fuerza vegetativa y sensitiva, ha hecho cuanto le era posible; esto es, que no pudiendo comunicar á las piedras la vida ni la sensación, les ha comunicado por lo menos la forma de los animales y vegetales.» (Athan. Kircher: *Mundus subterraneus*.)



perencia. Con más razón que ellos mereceríais vosotros sufrir en el porvenir las burlas del ridículo, si pretendiérais imponernos conclusiones prematuras, como verdades definitivamente adquiridas por la ciencia (1).

Juntamente con la modestia, pido además á los sabios que renuncien á todo espíritu de partido. Víctima de una pasión antirreligiosa, el intérprete de la naturaleza teme dar con descubrimientos científicos conformes al texto sagrado que le propone verdades divinas. Mientras nos acusa de ser demasiado bíblicos, es decir, de sacrificar la ciencia á nuestro respeto supersticioso por la palabra de Dios, más preocupado y perturbado que nosotros en sus afirmaciones, huye delante de ellas, y se esfuerza en crear, mediante una interpretación exagerada de ciertos hechos, entre la ciencia y la revelación oposiciones quiméricas. No es la experiencia la que rechaza la conformidad con las enseñanzas divinas, sino el espíritu de partido, que disminula esta conformidad.

Con ese sistema ¡cuántas ideas falsas sobre la naturaleza y el valor científico de nuestro *Genesis*; qué de exigencias irracionales tocante á la manera de su lenguaje! Se nos atribuyen arbitrariamente, con motivo de la inspiración del texto bíblico, pretensiones que jamás hemos tenido. Se pretende probar que la ciencia precedió á Moisés; que éste se sirvió de su nomenclatura y de su lenguaje. Todo esto es puramente una ridiculez. Nosotros creemos que la sabiduría divina ha

(1) «Los sabios más circunspectos, entre los que se ocupan en esta clase de estudios, insisten con razón en la verdad de que nuestros datos geológicos son todavía harto imperfectos.» (Huxley.)

«La Geología, en sus partes más esenciales, permanecerá siempre siendo una ciencia fundada en puras hipótesis.» (G. Bischof: *La Geología*.) «Los naturalistas más competentes convienen sin dificultad, en que el error en las ciencias naturales es no solamente posible en nuestros días, sino que es, hasta cierto punto, inevitable.» (Deutinger: *Benan und das Wender*.) Citados por Reusch: *La Biblia y la naturaleza*. Lección IV.

asistido constantemente á Moisés, preservándole de todo error; pero que Dios le haya dictado directamente el *Hexameron* para que sirviese de código científico á la humanidad, nunca ha sido tal nuestro pensamiento. Es muy posible que el autor del *Pentateuco* se haya valido, para contar el origen del mundo, de documentos conservados religiosamente por la tradición. La antigua ciencia de los egipcios no desconocía del todo este misterio primordial, y el pueblo hebreo, acostumbrado á escuchar á sus abuelos, no podía haber perdido la memoria de sus enseñanzas (1).

¿Quién sabe si la materia del primer capítulo del *Genesis* ha sido suministrada por algún canto nacional! El *Hexameron* bíblico es más bien un poema que una historia. Acción dramática, estrofas, refranes, ritmos, paralelismos; todo se encuentra allí (2). ¿Cuál podía,

(1) Mosén que de populi hebreis majoribus refert, partim e precis narrationibus carminibusque, inter Hebræos e propagatis, partim e scripti tribuum stemmatibus, et familiarum genealogiis hausisse credibile est. Illa autem quod attinet, que de rerum ortu, deque generis humani initis, et primis seculis progressibus et fati, apud eum leguntur, videtur quæ cultiores tunc Hebræis pupili vicini, Phœnicii Egypti, de illis rebus traderant, in suos usus ita convertisse; ut illa eis, qua ipse de uno Deo, conditore et moderatore omnium, colendo doceret, accommodaret, atque Hebræorum animos á viciorum fabulis, adeoque religionibus, quæ his sæpe nitabantur, alienate studeret. (Rossmüller: *Prolegomena in Genesim*, §. 11.)

(2) «Nada más dramático que el *fat* divino que interviene en cada creación. El canto del *Genesis* está naturalmente interceptado por los refranes que anuncian el final de cada día y expresan la aprobación que Dios da á su obra; en cuanto al ritmo, se muestra por la simetría de los versículos. El paralelismo está designado por la división de la obra general en dos partes cuyas fases se corresponden. Así, la luz fué creada en el primer día, y en el cuarto el sol y la luna aparecen luminosos. El segundo día está señalado por la formación de la atmósfera, por la división de las aguas y por el descubrimiento de la tierra; el quinto día las aguas terrestres reciben los animales acuáticos, y el aire atmosférico se puebla de aves á insectos volátiles. El tercer día la tierra es cubierta de plantas; el sexto, los animales y el hombre empiezan á habitarla. Si se ve, mediante la interpretación ordinaria, que la tierra apareció y fué cubierta de plantas al tercer día, el resultado es el mismo: el adorno y la

cuál debía ser el objeto de este poema? ¿Promover un movimiento científico? No, ciertamente, sino instruir al pueblo en las verdades fundamentales del orden religioso y moral; obligarle á la adoración y al reconocimiento, mostrándole á Jehová, autor, ordenador y conservador de todas las cosas; preservarle de la idolatría, recordándole que toda criatura tiene su razón de ser en una causa superior; que toda criatura está destinada al servicio del hombre, complemento y obra maestra de la creación, y no para ser adorada del hombre. Para enseñar esto á un pueblo, señores, es necesario, como nota Santo Tomás, un lenguaje popular de figuras brillantes que hablen á la imaginación, pintando á grandes rasgos lo que aparece á los sentidos (1). Tal es el lenguaje de la narración del Génesis. En vano le exigís una exactitud científica, pues no tiene obligación de satisfacer vuestra demanda. No os hablará ni de levantamientos, ni de aluviones, ni de acciones físicas, mecánicas ó químicas, ni de estratificaciones, ni de reinos, clasificaciones, grupos, clases, órdenes, familias, géneros, especies, variedades; mas lo que vosotros considerarís como dislates de lenguaje, es precisamente lo que convenia decir, y no tendrís razón para andar buscando en la superficie del texto una contradicción que no hallarís seguramente en sus profundidades.

Modestia, carencia de todo espíritu de partido, de preocupaciones y de exigencias irracionales; ved aquí, señores, lo que pedimos á los intérpretes de la naturaleza. En cuanto á los intérpretes de la Biblia, no están menos obligados que los hombres de la ciencia á proceder con mucho tiento, si no quieren comprometer la

población de la tierra es el objeto del tercero y sexto día., (Fábrc d'Enviur: *Origen de la tierra y del hombre*, lib. II.)

Este paralelismo habia sido notado ya por Santo Tomás en su *Suma Teológica* (I p., q. 10, art. 1 in corp.)

(1) Considerandum est, quod Moyses rudi populo loquebatur. Quorum imbecillitati condescendens, illa solum eis proponit, quæ manifeste sensui apparent. (*Summa Theol.*, I p., q. 68, art. II et q. 70, arts. 1 ad 3.m)

nobleza y la santidad de su misión. Que se abstengan, pues, de toda desconfianza injusta respecto de los sabios, recordando que el hombre por el pecado no ha perdido ni el derecho ni la facultad de sondear los secretos de la naturaleza (1); que es una disposición mezquina de espíritu el considerar como otros tantos conspiradores, enemigos de la fe, á los que consagran su vida á registrar los resultados de la experiencia, y están dispuestos siempre á comprobar sus descubrimientos, por temor de que sean opuestos á la palabra de Dios. Un creyente que se respeta á sí mismo, no padece estos temores. Nada teme de la ciencia falsa, porque es siempre confundida; nada de la ciencia verdadera, porque concuerda siempre con la verdad.

Los intérpretes de la Biblia no han agotado todavía todos los sentidos del texto sagrado. Hasta que la Iglesia no se declare por un comentario, fijándolo por una definición de fe, será lícito ensayar un sentido nuevo, aun cuando difiera del de los antiguos Doctores (2).

(1) Hanc scientiam (naturalium) homo peccando non perdidit nec illam, quæ carnis necessaria provideretur. Et ideo in Scriptura homo de hujusmodi non erudit, sed de scientia animæ quam peccando amissit. (Lib. II, Scut., dist. 23.)

(2) Scripturas super quique libros Mosi juxta sensum litteralem, novumque Scripturæ sensum quandoque illatarum, sub sanctæ Matris Ecclesiæ ac à postolicis Sedis censura, rogo Lectores omnes ne precipites detestentur aliquid, sed libent omnia apud Sacram Scripturam, apud christiani fidei veritatem, apud Ecclesiæ catholice documenta ac mores. Et si quando occurrerit novus sensus textui consonus, nec à Sacra Scriptura nec ab Ecclesiæ doctrina dissonus, quamvis à torrente Doctorum sacrorum alienus, æquos se præbeant censores. Meminerint jus suum uniuicuique tribuere. Solis Sacræ Scripturæ auctoribus reservata est auctoritas hæc, ut ideo credatur sic esse quia ipsi ita scripserunt, alios autem, inquit Augustinus, ita lego, ut quantalibet sanctitate doctrinam præpollent, non ideo credam sic esse, quia ipsi ita scripserunt. Nullus itaque detestetur novum Sacræ Scripturæ sensum, ex hoc quod dissonat à priscis Doctoribus; sed scrutetur perspicacius textum ac contextum Scripturæ, et si quadrare invenerit, laudet Deum, qui non alligavit expositionem scripturarum sacrarum priscorum Doctorum sensibus, sed Scripturæ ipsæ integræ sub Catholicæ Ecclesiæ censura. (Cajetani: *Comment. in Genes.* pref.)



Digo más, señores: la exégesis tiene el deber de reformar las interpretaciones antiguas, cuando la experiencia nos convence de su insuficiencia ó de su falsedad. Sobre este punto nos traza Santo Tomás una línea de conducta, de la cual ningún hombre cuerdo debe jamás separarse. «Creed, dice el Santo, firmemente en la verdad de la Escritura; mas por cuanto puede ser expuesta en diferentes sentidos, guardaos de adheriros exclusivamente á una explicación, cualquiera que sea, hasta el punto de sostener que es la verdadera, por más que la razón haya demostrado de una manera cierta su falsedad: porque esto es exponer la Sagrada Escritura á las burlas de los incrédulos, y cerrarles la puerta para atraerlos á la fe» (1).

Santo Tomás se expresaba como San Agustín. Estos dos grandes genios tomaban las precauciones necesarias, conforme á los progresos de su tiempo. Nosotros, que nos vemos obligados á abandonar una parte de las explicaciones que nos han dejado, seguimos sinceramente sus consejos (2).

(1) Respondeo dicendum quod, sicut Augustinus docet in huiusmodi questionibus duo sunt observanda. *Primo* quidem, ut veritas Scripturæ inconcusse teneatur. *Secundo*, cum Scriptura divina multipliciter exponi possit, quod nulli expositioni aliquis ita præcise inhæreat, ut si certa ratione constiterit, hoc esse falsum, quod aliquis sensum Scripturæ esse credebatur, id nihilominus asserere presumat: ne Scripturæ ex hoc verbo ab infidelibus derideatur, et ne eis via credendi præcludatur. (*Summa Theol.*, I p., q. 68, art. 1.)

(2) A pesar de que no podemos seguir á Santo Tomás en todas las explicaciones que ha dado á la obra de los seis días, no podemos menos de reconocer el mérito de todas ellas. El gran Doctor estaba al corriente de todas las ciencias de su tiempo. Matemáticas, física, astronomía, anatomía, medicina, alquimia, nada le era desconocido. Sin duda alguna que si viviese en nuestros días, sabría conformar su gran talento con los nuevos descubrimientos, y darnos un hexamerón que explicase tal vez muchas de las dificultades cuya solución buscamos todavía.

Todo esto que dice aquí el P. Monsabré, es muy razonable; pero la necesidad de abandonar la teoría de los seis días naturales para explicar la creación, no pasa de mayor ó menor conveniencia.

Véase al Bmo. P. Galti, Maestro del S. P., en su gran obra apologetica, tomo I, pág. 338. (*N. del T.*)

Moderemos nuestra legítima impaciencia y evitemos las concordancias prematuras de esas traducciones prolijas, hechas palabra por palabra, que proclaman demasiado altamente la completa conformidad de la exégesis científica y de la exégesis bíblica. Se nos ofrecen dos textos apocalípticos, cuyos misterios no se presentan á nuestra vista sino poco á poco. Estos dos textos no pueden contradecirse; pero querer concordar todas las exposiciones que se han hecho de ellos, sería empeñarse en un imposible.

Hoy nuestras concordancias nos parecerán triunfantes; dentro de veinte años tal vez no servirán sino para hacer más difícil la empresa de nuestra posteridad intelectual. Contentémonos, pues, con poner lo cierto en presencia de lo cierto; esto es, los hechos comprobados por la ciencia en presencia de la narración bíblica, tal como la Iglesia la propone á nuestra fe; y no nos inquietemos por las dificultades secundarias, que proceden, ya de la insuficiencia de nuestros conocimientos, ya de la imperfección de nuestras teorías y de nuestras exposiciones. Desde este punto de vista afirmo, señores, que concuerdan entre sí los dos libros de Dios, la naturaleza y la Biblia, como vais á verlo comparando la narración bíblica con la narración científica.

En el principio crió Dios, dice la Escritura, el cielo y la tierra. La tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu del Señor era llevado sobre las aguas. La materia está pronta, y Dios procede á ponerla en orden; abre sus labios, y á cada sonido de su voz omnipotente produce una obra que comienza y acaba en un día.

El primer día aparece la luz; el segundo el firmamento divide las aguas superiores de las que están sobre la tierra. En el tercero aparece el elemento árido, la tierra, en medio de los mares, la cual produce las plantas, que llevan cada una en sí misma el germen de su posteridad; en el cuarto, el sol, la luna y las estrellas lucen en el firmamento, y alumbran la tierra; en el quinto se ven nacer los seres vivientes

que nadan en las aguas y las aves que vuelan en el aire; en el sexto, la tierra se puebla de bestias salvajes, de animales domésticos y de reptiles, cada cual según su especie. Todos estos vivientes recibieron una bendición que les promete la fecundidad. «Creced y multiplicaos», dice el Señor. Mas la obra de la creación no está acabada aún, le falta su más bello adorno. Al terminar el sexto día, Dios se reúne en consejo, y dice: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza;» y fué creado el hombre. Dios lo bendice, y le manda multiplicarse, y llenar la tierra, y someter todas las cosas á su dominio. Está acabada la obra de la creación.

Después de cada obra había dicho Dios: «Esto es bueno;» ahora afirma que todo es muy bueno. *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona.* Acabados el cielo y la tierra con todos sus adornos, empieza el día séptimo, que dura aún, bendecido y santificado por el reposo de Dios (1).

(1) En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra, empero, estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Dijo, pues, Dios: «Sea hecha la luz.» Y la luz quedó hecha. Y vió Dios que la luz era buena, y dividió la luz de las tinieblas. A la luz la llamó día y á las tinieblas noche; y así, de la tarde *aquella* y de la mañana siguiente, resultó el primer día. Dijo asimismo Dios: «Haya un firmamento ó una grande extensión en medio de las aguas, que separe unas aguas de otras.» E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y quedó hecho así. Y al firmamento llamólo Dios cielo; con lo que de tarde y de mañana se cumplió el día segundo. Dijo también Dios: «Réunanse en un lugar las aguas que están debajo del cielo y parezca lo árido ó seco.» Y así se hizo. Y al elemento árido diólo Dios el nombre de tierra, y á las aguas reunidas llamó mares. Y vió Dios que lo hecho estaba bueno. Dijo asimismo: «Produzca la tierra hierba verde y que dé simiente y plantas fructíferas que den fruto conforme á su especie, y contengan en sí mismas su simiente sobre la tierra.» Y así se hizo: con lo que produjo la tierra hierba verde que da simiente según su especie, y árboles que dan fruto, de los cuales cada uno tiene su propia semilla, según la especie suya. Y vió Dios que la cosa era buena. Y de la tarde y mañana resultó el día tercero. Dijo

He abreviado, señores, y compendiado á grandes rasgos la narración mosaica, porque deseo que la leáis entera, y la meditéis por vosotros mismos: la encontraréis en la primera página de nuestros libros santos. Esta página es tan sencilla, que todo el mundo puede entenderla; y tan bella que las almas grandes, amadoras de lo sublime, siempre la han admirado. El escritor sagrado ha puesto en ello todo lo necesario, y ha omitido todo lo superfluo; y aparece manifiesto que lo que más sobresale, lo que debe encarnarse en el alma del pueblo más profundamente que los hechos contados, lo que intenta, como objeto propio, el cántico mosaico, es la enseñanza dogmática y moral. Dios existe; y existe anteriormente á todas las cosas, puesto que á todas ellas ha dado la existencia; es todopoderoso, puesto que los seres por Él llamados obedecen prontamente á su *fiat*, y le responden: «Hémos aquí;» es

después Dios: «Haya lumbreras y cuerpos luminosos en el firmamento del cielo, que distingan el día y la noche y señalen los tiempos y las estaciones, los días y los años, á fin de que brillen en el firmamento del cielo y alumbrén la tierra.» y fué hecho así. Hizo, pues, Dios, dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al día, y la lumbrera menor para presidir á la noche, é hizo las estrellas. Y colocólas en el firmamento ó extensión del cielo, para que resplandeciesen sobre la tierra y presidiesen al día y á la noche, y separasen la luz de las tinieblas. Y vió Dios que la cosa era buena: con lo que de tarde y mañana resultó el día cuarto. Dijo también Dios: «Produzcan las aguas reptiles animados que vivan en el agua, y aves que vuelen sobre la tierra debajo del firmamento del cielo.» Crió, pues, Dios los grandes peces y todos los animales que viven y se mueven, producidos por las aguas según sus especies, y asimismo todo volátil según su género. Y vió Dios que lo hecho era bueno. Y bendijolos diciendo: «Creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar; y multiplíquense las aves sobre la tierra;» con lo que de tarde y mañana resultó el día quinto. Dijo todavía Dios: «Produzca la tierra animales vivientes en cada género, animales domésticos, reptiles y bestias silvestres de la tierra, según sus especies.» Y fué hecho así. Hizo, pues, Dios las bestias silvestres de la tierra, según sus especies, y los animales domésticos y todo reptil terrestre, según su especie. Y vió Dios que lo hecho era bueno, y por *fin* dijo: «Hagamos al hombre á imagen



infinitamente sabio, puesto que divide y ordena todos los elementos del mundo, y coloca los seres vivientes en el medio que más conviene á cada uno; es infinitamente bueno, puesto que hace participantes de su propia bondad á todas las criaturas; sólo El es digno de ser adorado, porque solo El es príncipe soberano, Dios. El exige del hombre adoración, porque le ha hecho á su imagen y semejanza, y le constituyó rey de todo el mundo.

En fin; el hombre debe regular su vida de trabajo y de oración sobre la semana típica que ha presidido á la producción de la naturaleza. Tal es el fondo esencial de la narración de Moisés. Sobre este fondo esencial convienen todas las exposiciones, porque la esencia de la Iglesia es invariable y terminante.

En cuanto á lo restante, esto es, lo que mira á los conocimientos naturales, es accesorio; y no obstante,

y semejanza nuestra; y domine á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á las bestias y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueve sobre la tierra. • Crió, pues, Dios al hombre á imagen suya: á imagen de Dios le crió; criólos varón y hembra. Y echóles Dios su bendición, y dijo: •Creced, multiplicaos, y henchid la tierra, y enseñoreaos de ella, y dominad á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra. • Y añadió Dios: •Ved que os he dado todas las hierbas, las cuales producen simiente sobre la tierra, y todos los árboles, los cuales tienen en sí mismos simiente de su especie, para que os sirvan de alimento á vosotros, y á todos los animales de la tierra, y á todas las aves del cielo, y á todos cuantos animales vivientes se mueven sobre la tierra, á fin de que tengan que comer. • Y así se hizo. Y vió Dios todas las cosas que había hecho, y eran en gran manera buenas: con lo que de la tarde y mañana se formó el día sexto.

#### CAPÍTULO II

Quedaron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ornato de ellos. Y completó Dios al séptimo día la obra que había hecho; y en el día séptimo reposó, é cesó de todas las obras que había acabado. Y bendijo al día séptimo: y le santificó por cuanto Dios había cesado en él de todas las obras que crió hasta dejarlas bien acabadas. (*Génesis*, capítulos 1 y II, vers. 1, 2 y 3. Trad. de Amat.)

señores, en esta parte accesoría se descubren las grandes líneas del cuadro científico. Escuchad.

En el principio, dice la ciencia, la materia primera, sutil, inmensa, remolinea en el espacio. La fuerza que la anima en todas sus partes, manifestándose en algunos puntos por más vivas pulsaciones, crea varios centros de los movimientos, que luego van dividiendo aquel confuso caos y dispersando sus fragmentos fluidos, separados desde entonces los unos de los otros por horribles abismos: y con esto quedan constituidas las nebulosas. Estas, en su movimiento vertiginoso, se dividen en esos millares de estrellas resplandecientes, de las cuales no sabemos la extensión, ni podemos medir la distancia, ni descubrir sus órbitas, ni contar su historia. Una de ellas es el centro de nuestro sistema planetario, y de cuya masa procede la tierra que habitamos. ¿Cuándo se rompió el anillo con que el sol, moviéndose sobre su eje, había rodeado su esfera luminosa? No lo sabemos; pero un fragmento de ese anillo se ha convertido en nuestro globo.

La tierra, incandescente al principio como el sol de quien procede y cuyo impulso recibe constantemente, fué apagándose después poco á poco, á medida que sus elementos se condensaban. Cuando las sustancias volatilizadas por el calor pasan al estado líquido; cuando los metales fundidos descienden de las alturas atmosféricas como una lluvia torrencial; cuando los cuerpos precipitados se mezclan á impulsos del calor y cubren como con un escudo la incandescente piroesfera; cuando el agua, océano y nube inmensa, envuelve como en inmenso lienzo los primeros depósitos, y la tierra, sumergida en las tinieblas, deja de ser una estrella, entonces termina el periodo cósmico y empieza el periodo geológico.

Este periodo comienza por una época de muerte. Sin embargo, en lo profundo de las aguas las fuerzas físicas y químicas ejercen su poderosa acción. Bajo su constante influjo se forman sedimentos, se metamorfosean y aumentan incesantemente el espesor del robusto anillo que contiene los impetuosos hervores de

la piroesfera. Mas los impetus de ésta no pueden ser comprimidos enteramente, y así se dilata como el oprimido pecho de un gigante, y lanza de su seno, con pavorosas explosiones, vastos levantamientos. Entonces aparecen los terrenos, y empieza á vivir la naturaleza. En el fondo de los mares y sobre los primeros continentes preparan los vegetales, nutridos de materias inorgánicas, el camino para otros seres más perfectos, á los cuales servirán ellos mismos de sustento (1). El reino animal sigue inmediatamente en su aparición al reino vegetal; los dos se desarrollan paralelamente á través de los cataclismos y las variaciones atmosféricas, que cambian muchas veces los medios de su existencia; pues mientras crece la vida, no descanzan un momento las fuerzas del globo. Aquí minan los continentes descubiertos que vuelven á sumergirse;

(1) Los vegetales que se alimentan directamente de materias inorgánicas han precedido á las plantas orgánicas. Si hemos de juzgar por lo que pasa á nuestra vista, en los arrecifes de formación moderna, es de presumir que muchos vegetales más imperfectos que el *Equisetum sisonoides*, la planta más antigua de las conocidas, como musgos, líquenes, hongos, algas fluviales y marinas, cuya fosilificación no se ha conservado, poblarían entonces las tierras y los mares. (*Geologia y Paleontologia*, páginas 529-30.)

En las rocas de esquisto situadas debajo de los primeros depósitos de restos animales se han encontrado vestigios de plantas marinas, pertenecientes á la clase de las fucoideas. Las mismas rocas de esquisto, según Frockhammer, deben á las algas de los océanos primitivos el carbono, el azufre y la sosa, que tienen unidos juntamente con la arcilla. En Bohemia, en Suecia, Irlanda, en la América del Norte, en todas partes, en fin, donde se presentan los primeros indicios de la vida orgánica, las rocas aparecen á nuestra vista ennegrecidas con restos de algas tan abundantes en algunos casos que forman, como en la Dunfrieschiria, estratos de antracitas de muchos pies de espesor. Así la anterioridad de las plantas, que la razón hacía presentir, después de haber sido por largo tiempo confirmada, parece ya en el día un hecho científicamente adquirido. (Pozzy: *La tierra y la narración bíblica de la creación*, cap. III.)

No hay que admirarse de la escasez de plantas en las primeras capas; su sustancia semifluida se presta menos á la fosilificación que la de los animales.

más allá levantan el fondo de los mares y desalojan bruscamente sus aguas; aquí desvían el curso de los grandes ríos; más allá abren simas insondables, donde desaparecen sus aguas para siempre. De cuando en cuando discurren como animales subterráneos que se abren paso por sí mismos en las entrañas de la tierra, y lanzan hacia el cielo esas cadenas de colinas y montañas coronadas de cráteres, por donde estalla en incendios el fuego central, y precipita torrentes de ardiente lava hasta el fondo de los entumecidos valles.

Las épocas se renuevan bajo la acción de revoluciones seculares, en las cuales parecen hecatombes de seres animados. La mayor parte de ellos se han perdido para nosotros, pero sus restos exhumados nos cuentan hoy día la historia y los progresos de la vida desde sus principios. He ahí los líquenes, los musgos, los hongos y las algas, cuya generación estuvo largo tiempo velada bajo el misterio; he ahí las hierbas monstruosas, las gigantescas colas de caballo, los helechos arborescentes, las parásitas rastreras, formando caprichosos céspedes, nacidas en los pantanos templados por el fuego central; he ahí los espaciosos bosques con árboles de tejidos sueltos y de follaje pálido, que crecen con el zumbido de los vientos y el estampido de los truenos, bajo un cielo nebuloso que los inunda de electricidad y de lluvias. Las nubes se dividen, y el sol muestra á la tierra su faz radiante, y la penetra con sus vibrantes rayos. He ahí las palmeras, las higueras, las magnolias, los laureles, los robles y los sauces.

Mientras el reino vegetal realiza sus progresos, la vida animal se desarrolla sobre una línea paralela. He ahí los zoófitos de radios simétricos, los moluscos de blandas carnes, de hermosas formas; los unos dotados de terribles brazos, y los otros protegidos por casas de duras paredes, que atraeran consigo; he ahí los crustáceos, los peces sin escamas, precursores de la multitud innumerable que había de poblar los ríos y los mares; he ahí, en medio de las grandes herbáceas, los enormes reptiles que dejan en el fondo de las



aguas estampadas sus manos de hombre (1); las grandes zancudas, á las cuales siguen inmediatos, aunque muy pequeños todavía, los primeros mamíferos; he ahí el leviatán de los antiguos mares, con escamas de cocodrilo y con pies de cetáceo; éste, pesado y grueso, quebrantando con sus ciento ochenta dientes la nave que se le pone por delante (2); aquel otro, ágil, sumergiendo en el profundo de las aguas su cabeza de serpiente (3); he ahí los dragones voladores, más espantables y temibles que los inventados por la fábula (4); he ahí, en fin, bajo los abrasadores rayos del sol, los insectos y los pájaros corredores que atraviesan las áridas llanuras, y los grandes lagartos y las serpientes que se deslizan por los sombríos bosques; los monos que juegan en las copas de los grandes árboles; los cocodrilos que devastan los lagos y lagunas; los quelonios y los grandes cetáceos que viven en los océanos; los roedores y los carnívoros cazadores, y en medio de las sabanas cubiertas de una vegetación exuberante, medio sumergidas en las aguas, inmensos rebaños de herbívoros: rinocerontes, paquidermos, antílopes, mastodontes, todos dominados por el behemot, rey de los animales terrestres. Behemot, de cuerpo colosal y de alma tranquila; behemot, cogido con sus largos y encurvados colmillos á los bordes de las riberas y de los estuarios, mientras que su cuerpo flota en el agua y su trompa respira holgadamente en la atmósfera; behemot, intermedio de los cetáceos y del elefante que le sucede en la historia (5).

Han pasado ya tres grandes épocas; once terrenos principales han acumulado, uno sobre otro, sus variados pisos; empiezan á determinarse los climas; la naturaleza camina sin duda á un estado de reposo; ¿y se detendrán aquí las evoluciones de la vida?—No todavía.

- (1) *Chirotherium*.
- (2) *Ictiosauro*.
- (3) *Plesiosauro*.
- (4) *Pterodictilo*.
- (5) *Dinotherium*.

Llena de la claridad del sol, de lozanía, de movimiento y de alegres cantos, la tierra parece herida de improviso por una mano misteriosa, y se viste de luto. Los ventisqueros se precipitan con estruendoso movimiento en los valles, y un blanco sudario de nieve se extiende desde los polos hasta los trópicos; este es el período glacial, seguido de lluvias diluviales que inundan y devastan los continentes, excavan la base de las montañas, hunden los cauces de los ríos, dejando en ellos rastros intermitentes de arena, donde son sepultadas nuevas hecatombes de vivientes. Sin embargo, no perecerán todos. Refugiadas en las alturas multitud de especies, luchan contra los cataclismos, y bajo un cielo serenado ya, aparecen otras nuevas. Estas son los leones, las hienas, los ciervos, los bueyes de proporciones gigantescas, el caballo salvaje, el perezoso *megalonia* de largas uñas, el oso grande de las cavernas, el rinoceronte tiorino, el mammoth con sus astas retorcidas y el vellón lanudo, los renos y los uros. Mas no estarán ellos solos en posesión del globo, porque el hombre, su señor y dueño, ha llegado ya. Los sílex y los huesos tallados: hachas, martillos, tijeras, raspadores, cuchillos, punzones, agujas y flechas; las piedras, los huesos y el marfil en que ha grabado las figuras del oso, del mammoth y del raso, compañeros de su vida salvaje, y mucho mejor sus restos, que se encuentran enterrados en el fondo de las cavernas, testifican su presencia. Durante el período de su civilización, la naturaleza va entrando en calma, los climas se determinan y se acentúan notablemente; ábrese la era moderna, y empieza la historia (1).

(1) Ponemos aquí el cuadro sinóptico de las épocas geológicas y de los principales terrenos á los cuales hace referencia nuestra exposición científica.

Después del período cósmico, que comprende todo el tiempo que la tierra ha empleado en enfriarse, hasta que el agua ha pasado del estado de vapor á líquido, comienza el geológico.

#### I.—ÉPOCA AZOICA Ó SIN VIDA

Terrenos de sedimento.

Tal es, señores, en resumen, lo que nos dice la ciencia. He descartado de intento los términos técnicos, porque fatigarían vuestra atención, sin dar realce al cuadro que acabáis de presenciar. En este cuadro se hallan mezclados los hechos verdaderos con las hipótesis; mas bien comprendéis que para el paralelo que vamos á trazar de la narración bíblica y de la narración científica, debemos desentendernos de las hipótesis, y tener en cuenta solamente los hechos averiguados. Y estos hechos son bien pocos; y ni uno solo, que yo sepa, se omite en nuestro *Genesis*. Tal vez lo hayáis notado

## II.—EPOCA PRIMARIA Ó PALEOZOICA

(LLAMADA DE TRANSICIÓN)

- 1.º Terreno cámbrico de Lyell.
- 2.º Terreno silúrico (país de siluros, Inglaterra), inferior y superior.
- 3.º Terreno devonio. (Devonshire)
- 4.º Terreno carbonífero ó de hulla.—Carbonífero marino inferior y superior.—Carbonífero lacustre.
- 5.º Terreno permio. (Permian, en Rusia.) Nueva greda roja de Zeehstein.—Greda de los Vosgos.

## III.—EPOCA SECUNDARIA Ó MESOZOICA

- 1.º Terreno triásico.  
Arenisca abigarrada.  
Caliza conchifera (muschelkalk).  
Margas irisadas. (Keuper.)
- 2.º Terreno jurásico. (Jura.)  
Lias.—Orita inferior, media y superior.
- 3.º Terrenos cretáceos.—Cretáceo inferior: capa neocomia y glauconia.  
Cretáceo superior:—banco tronense, senonense y calcífero.

## IV.—EPOCA TERCIARIA Ó NEOZOICA

- 1.º Terreno eoceno ó terciario inferior.
- 2.º Terreno mioceno ó terciario medio.
- 3.º Terreno plioceno ó terciario superior.

## V.—EPOCA CUATERNARIA, Ó POST-PLIOCENA

Periodo glacial.—Diluvium.—Cavernas con huesos.  
Epoca cuaternaria, correspondiente al periodo paleolítico de la arqueología prehistórica.

ya al escucharme; confirmemos ahora esto mismo con una exposición categórica.

La ciencia nos enseña que en el principio todo era confusión y tinieblas sobre la tierra; la Escritura nos dice que la tierra estaba desierta y vacía, y que las tinieblas tendían su negro manto sobre la faz del abismo. La ciencia ha averiguado que la luz es un fluido independiente de los cuerpos luminosos; la Escritura fija la aparición de la luz antes que la de los astros. La ciencia nos representa el globo primitivo anegado en las aguas en estado liquido y vaporoso; la Escritura

La edad de piedra se divide en dos épocas:

### 1.º EPOCA PALEONTOLÓGICA, SUBDIVIDIDA EN:

- 1.º Epoca de Saint-Acheul (Somme), caracterizada por toscos instrumentos de piedra de forma amidaloidea, tallados por los dos lados.—Aluviones cuaternarios inferiores de los valles.—Aluviones de altos niveles, superficialmente en forma de mesetas.—Mammuth y grande hipópótamo.
- 2.º Epoca de Monstier (Dordoña) caracterizada por puntas de piedras talladas varias veces por un solo lado, y por grandes raspadores.—Bajos niveles, brechas, depósitos al aire libre y grutas.—Oso de las cavernas, rinocerontes con narices divididas. (Ticorinos).
- 3.º Epoca de Solutré (Saone et Loire), Langeria alta (Dordoña) caracterizada por pedazos de sílex en hojas de laurel, tallados por los dos lados.—Depósitos descubiertos, despojos y grutas.—Mammuth, hiena, especies grandes de la familia *felis*, renos.
- 4.º Epoca de la Magdalena (Dordoña), Langeria baja (Id.) caracterizada por hojas de sílex muy abundantes, flechas con punta de hueso, y otros instrumentos de la misma materia.—Grutas y depósitos en la superficie.—Renos y uros muy abundantes.

### 2.º EPOCA NEOLITICA

Esta época no necesita subdividirse; está perfectamente circunscrita, como el tiempo que la mide; abraza la piedra pulimentada y todos los demás objetos del arte contemporáneos de esta piedra.

N. B. Para los que admiten que el sílex tallado pertenece al terreno terciario medio, la edad de piedra se remonta más allá del periodo cuaternario.



nos habla de las aguas inferiores y superiores. La ciencia nos dice que los continentes han aparecido en una época determinada; la Escritura nos muestra á Dios congregando las aguas en un lugar, y descubriendo el elemento árido. La ciencia nos enseña que la vida ha sido precedida de un período de muerte; la Escritura pone en el tercer día su aparición. La ciencia observa un orden progresivo en la producción de los vivientes, desde los vegetales más sencillos hasta los animales más perfectos; la Escritura nos describe el mismo orden á grandes rasgos. La ciencia afirma, apoyada en los datos experimentales, que la vida no toda ha sido producida á un mismo tiempo; la Escritura enseña que Dios ha empleado tres épocas en la producción de la vida. En fin, la ciencia dice que el hombre ha venido, en los últimos tiempos, á tomar posesión de su real dominio; la Escritura nos refiere en último término la creación del hombre, que corona la obra de Dios, sin que conste que Dios se impusiese la ley de no crear después de él otros seres más imperfectos.

He aquí, señores, los puntos más culminantes de conformidad entre la ciencia y la Biblia, sobre los cuales debe fijarse toda nuestra atención. Entre estos puntos cardinales desaparecen, ó por lo menos se desvirtúan las dificultades más ó menos serias, pero que no pueden constituir una contradicción verdadera é insoluble si, como ya hemos indicado antes, se tiene en cuenta la incertidumbre de la ciencia y la naturaleza de la narración mosaica, esencialmente popular, poética y dogmática. Los sabios andan divididos sobre cuestiones que nos darían la llave de muchísimos misterios, si estuviesen definitivamente resueltas. Los unos quieren que el fuego haya sido el principio de todas las cosas; los otros dan con preferencia esta virtud al agua (1). Estos ven en la estratificación del globo el

(1) El sistema neptúnico, que parece iba de vencia, vuelve á tomar nuevos bríos, y parece ser el más apto para la solución de las dificultades geológicas y bíblicas, según el abate Choquer: *La Génèse du Globe et les découvertes modernes*. Paris, 1876. (Número 2).

efecto de convulsiones formidables; aquéllos la consideran como depósitos tranquilos. Quiénes extienden, quiénes restringen el influjo de los fluidos; quiénes retardan, quiénes adelantan las influencias siderales sobre el desarrollo de la vida. Aquí se piden millones de años, más allá millares de siglos, para llenar las distancias que separan la era moderna del primer instante de la creación. Las suposiciones se oponen diametralmente unas á otras, y nosotros no podemos acomodarlas á nuestro *Génesis* sino mediante otras suposiciones más ó menos felices, que atenten las dificultades sin resolverlas por completo.

Los trazados límites del discurso no me permiten entrar en pormenores sobre estas dificultades. Sólo me detendré en la principal: en aquella con que la ciencia ha metido más ruido y más espíritus pusilánimes ha espantado: la dificultad cronológica. Renovad vuestra atención, señores.

«En vano, se nos dice, buscamos conformidad entre los hechos adquiridos y la narración bíblica; porque ésta no concede á la actividad divina para sus operaciones, más que el espacio de seis días de veinticuatro horas. Ahora bien; si hay alguna cosa demostrada, es que la extremada antigüedad del globo está escrita con caracteres indelebles en arrugas gigantescas, apenas cubiertas después de algunos millares de años por su epidermis. Nosotros ignoramos ciertamente el número exacto de años comprendidos en la suma total de los períodos paleontológicos; mas es evidente que para explicar, según la ciencia, cada uno de los períodos, necesitamos, por lo menos, algunos siglos, y en presencia de estos siglos, seis días son una irrisión verdadera. Luego vosotros, que nos habláis de la conformidad sobre los puntos culminantes, confesad que sobre el punto tan culminante del tiempo, la Biblia está en contradicción manifiesta con la ciencia. Confesad que nada tienen que ver esas apariciones mágicas que obedecen á un *fiat*, con las transformaciones científicas, resultado de gestaciones trabajosas y muchas veces seculares.»

Yo no haré ninguna concesión, señores, por la ra-

zón sencilla de que la dificultad propuesta es efecto de un desprecio. Se imaginan algunos que nosotros tenemos como un dogma definido por la Iglesia esta proposición: «Dios ha criado el mundo en seis días naturales,» y están en un error. La Iglesia no ha definido nada sobre el particular, y desde que comenzó la exégesis ha dejado siempre, sobre este punto, ancho campo á las interpretaciones. Y estas interpretaciones han discrepado en todos tiempos: y no podía ser de otra manera, porque la narración genesiaca, cuyas divisiones parecen claras á primera vista, nos deja inciertos sobre el valor real de ellas.

¿Cuánto tiempo medió entre el principio de la creación y la primera explosión del *fat* divino? La Biblia no lo dice. ¿Será preciso dar á los tres primeros días la misma duración que á los medidos por el sol, que no aparece hasta el cuarto día? No lo sabemos tampoco. En esta cuestión nada hay tan evidente como la oscuridad del *Genesis*. Por eso San Agustín, después de confesar que le era difícil entender lo que Moisés había querido expresar por los seis días, excogita una explicación enteramente ideal (1).

Según el Santo, en la creación no hay sino un tiempo inapreciable é indeterminado: los seis días designan el conocimiento angélico, en cuanto corresponden á las seis partes de la obra de Dios: conocimiento vespertino, como intuición de las cosas en sí mismas; conocimiento matutino, como visión de las cosas en el Verbo divino (2). Otros intérpretes, aunque menos sutiles, no quieren salir del mundo ideal. Unos creen que el escritor sagrado quiso expresar por los seis días el orden lógico del plan divino, más bien que la sucesión cronológica de las obras realizadas por su omnipoten-

(1) *Arduum quidem, atque difficillimum est viribus intentionis nostrae, voluntatem scriptoris in istis sex diebus, mentis vivacitate penetrare, utrum praefererint dies illi; et addito septimo, nunc per volumina temporum, non re, sed nomine repetantur. (De Genesi ad litt., lib. iv, in initium.)*

(2) Cf. D. Thom., I p., q. 74.

cia. Otros pretenden que Moisés ha abierto el canon de las Divinas Escrituras por la narración de una visión apocalíptica de lo pasado, como San Juan lo ha cerrado refiriendo la visión apocalíptica de lo porvenir. Cada uno de los días es un cuadro profético-histórico, que se desarrolla ante el espíritu del Profeta, y hay tantos cuadros cuantas son las fases principales en el drama de la creación; estas fases son seis en número, porque la acción divina debe servir de tipo y de medida al trabajo del hombre; mas es inútil tratar de enlazar los cuadros entre sí por medio de datos fijos; el Profeta ha prescindido del tiempo.

Estas interpretaciones me agradan, señores; sin embargo, si vosotros las halláis demasiado separadas del sentido natural de las palabras, veamos ahora este punto. «En el principio, dice la Biblia, crió Dios el cielo y la tierra.» ¿Qué principio es éste? ¿Es el principio de la creación propiamente dicha, ó el principio de una reorganización de elementos confundidos y de la tierra devastada por una gran catástrofe?

Responded. No podréis hacerlo, ni yo tampoco; porque Moisés pudo muy bien pasar en silencio la historia de los tiempos paleontológicos, y no empezar su narración sino cuando la Omnipotencia divina, renovando la faz de la tierra informe y despoblada, inaugura lo que vosotros llamáis Era moderna. Millones de siglos la habrán precedido, los cataclismos habrán trastornado el globo, y destruido repetidas veces la vida que le animaba. Después de un nuevo triunfo de las fuerzas destructoras, Dios pronuncia su *fat lux*, y en seis días naturales pone el mundo en el estado que contemplamos al presente. Tal es lo que se llama hipótesis de restitución (1).

¿Os desagrada esta hipótesis, señores? Ved, pues, aquí otra. La palabra *iom*, en lengua hebrea, significa,

(1) El abate Fabre d'Envién, en su libro *Origen de la tierra y del hombre*, defiende con mucho talento y erudición esta hipótesis.



en su sentido propio, día de veinticuatro horas; pero puede emplearse metafóricamente para designar un período indeterminado. ¿No se le podrá dar este último sentido en la narración mosaica, si la hermenéutica nos autoriza para ello?—Seguramente. La hermenéutica nos enseña que se puede y aún se debe preferir el sentido metafórico al propio, siempre que para ello tengamos razones graves. Pues bien, señores: dos son las razones graves que militan aquí en favor del sentido metafórico: por una parte, las revelaciones de la ciencia, en cuya presencia, si hemos de seguir el consejo de Santo Tomás, no debemos sostener un sentido que se opone á la verdad de los hechos; por otra, el fin que se propuso Moisés al referir esta historia. El quería establecer analogía entre la acción y el reposo de Dios, de una parte, y la acción y el descanso del hombre, de otra. Para esto necesitaba una semana típica, y no podía hacer resaltar bastante la idea de esta semana sino valiéndose de la palabra *día*, para señalar las divisiones. Mas si el día séptimo de la semana genesiaca dura todavía, después de tantos millares de años, no veo por qué los otros días habían de ser más cortos que éste, y no representar en la anterior historia sagrada períodos indeterminados (1). Por lo demás, estos períodos no son una invención moderna; Bossuet los indicaba ya en estas notables palabras: «Dios, después de haber trazado el diseño del mundo, quiso adornarle mediante sus progresos diferentes, que le plugo llamar seis días» (2).

Resumamos lo dicho anteriormente.—La Iglesia nunca ha definido que el mundo fuese creado en una semana de días naturales. Ella nos deja en plena libertad de creer, ya sea en las divisiones lógicas de la acción divina, ya en los períodos indeterminados. Luego que seáis platonistas ó neptunistas, convulsionistas

(1) Cf. Rensch: *La Biblia y la Naturaleza*. Lecciones XI y XII.  
(2) Bossuet: *Elevaciones sobre los misterios*. Tercera semana, quinta elevación.

ó quietistas, millonistas ó millaristas, no podéis quejarnos con razón de que sois excluidos por la narración bíblica, y que no podéis concordar con ella vuestras hipótesis. La eternidad está á vuestra disposición, y nosotros esperamos tranquilamente que hayáis tomado de ella lo que os sea necesario, para fijar vuestra interpretación definitiva, que entonces será la verdadera: esperemos.

Mas ¡quién lo dijera, señores! la ciencia no se da por contenta con estas concordancias; pues, según dice, la humanidad no halla en ellas la cuenta de sus años. El hombre es evidentemente contemporáneo de las capas geológicas en que se hallan enterrados sus huesos, juntamente con los instrumentos de su trabajo y de su industria. Mas estas capas no pudieron ser formadas por una revolución brusca y repentina, sino por la acción lenta de diversas causas; acción que se manifiesta en el descenso de los aludes, en la profundidad de los valles de erosión, en el espesor de los depósitos de aluvión y en los de estalagmitas. Para explicar estos fenómenos se necesitan, por lo menos, algunos centenares de siglos, que la cronología bíblica no nos concede; porque ella cuenta los días de la humanidad, y, según sus cálculos, la humanidad no pasa más allá de sesenta siglos.

A esta dificultad podemos dar tres respuestas.

Y empecemos diciendo que, en eso de ser contemporáneo de algún hombre ó de alguna cosa, hay su más y su menos. Dos hombres son contemporáneos si han nacido en un mismo tiempo; un niño es contemporáneo de un viejo que murió centenario, si nació cuando el anciano contaba ya ochenta años. De esta manera, ¿no es el hombre contemporáneo de los terrenos cuaternarios? Es decir, que el *diluvium* no había llegado á su última fase, cuando el hombre apareció sobre la tierra para reinar, no sólo sobre las razas que habían de perecer, sino también sobre las que debían perpetuarse. En esta hipótesis, la cronología de la Biblia podría ya tal vez concordar con las observaciones de la ciencia.

Mas ¿por qué decir *tal vez*? La conformidad es tan-



to más fácil, cuanto que la Biblia no tiene cronología. El cómputo vulgar de la historia sagrada está fundado en combinaciones y datos que la Iglesia nunca ha defendido, y que es preciso aceptar con tanta mayor reserva, cuanto que el texto hebreo, el texto samaritano y el de los Setenta discrepan entre sí sobre este punto. Entre las cifras que nos dan los citados textos, hay una diferencia de más de mil años (1).

Por otra parte, cálculos ingeniosos permiten contar dos mil seiscientos sesenta y seis años entre el diluvio y el nacimiento de Abraham, en lugar de los doscientos veintidós que se cuentan de ordinario (2). ¿Quién nos asegura que los trabajos de los egiptólogos y de los asiríólogos en el estudio de las antiguas dinastías no nos obligarán á introducir todavía algunos millares

(1) Si se quiere evitar una multitud de incoherencias y absurdos en la narración particular de la vida de Abraham y de sus descendientes, es preciso admitir años religiosos de siete meses lunares. Hay, pues, en la Biblia años religiosos y años civiles, lo cual hace á la cronología más complicada. Deben combinarse juntamente estos años para concordar entre sí los tres textos que dan, antes de la muerte de Abraham: el hebreo, 2008, el samaritano, 2249, y los Setenta 3474 años.

(2) Las cronologías de los caldeos, de los egipcios, de los asirios, de los chinos y de los indios no nos permiten creer, según ciertos críticos, que no haya más de doscientos veintidós años desde el diluvio hasta Tiaré. Debe, pues, cambiarse el cálculo que se hace ordinariamente en el capítulo xi del Génesis; esto es, en lugar de añadir los años de la generación unos á otros, sumar los años de la vida de los patriarcas, los cuales indican, no la edad de los individuos, sino el tiempo durante el cual permanecieron unidas las familias. Es necesario, pues, decir: Dos años después del diluvio, Sem engendró á Arfaxad; Arfaxad, que significa *separación*, permanece en la persona de sus descendientes quinientos años con la familia paterna. Al fin de los quinientos años la familia de Arfaxad se separa de la de Sem, y entonces es engendrado el nuevo jefe Salé. Salé, que significa *enviado*, permanece en la persona de sus descendientes trescientos tres años con la familia de su padre Arfaxad. Después de los trescientos tres años, la familia de Salé se separó, y treinta años más tarde fué engendrado Heber; y así continuando las demás generaciones... Sumados todos los años llamados *años de familia*, dan el número de dos mil seiscientos sesenta y seis años desde el diluvio hasta el nacimiento de Abraham.

más de años en la cronología elástica de nuestros libros sagrados, acercándonos de este modo á grandes pasos hacia los remotos tiempos de que nos habla la ciencia?

Y la ciencia misma, ¿no se verá precisada á volver hacia nosotros? Porque, en último resultado, no se funda sino en cronómetros inciertos para la multiplicación de los siglos. Los depósitos que ella invoca no prueban la antigüedad de un terreno, sino en el caso de que las mismas fuerzas hayan obrado constantemente, desde el principio, en las mismas proporciones que en nuestros días (1). Mas no solamente es puesto en tela de juicio este principio por las más competentes autoridades, sino que también es contrario á la analogía. Seguid las fases de un movimiento vital en un individuo desde los primeros crecimientos hasta su completo desarrollo, y os convenceréis de que las fuerzas vitales obran con más vigor é intensidad en el periodo de formación que en el periodo de simple conservación.

Lo mismo sucede en las fuerzas cósmicas, señores; lo que ahora hacen en un siglo, han podido obrarlo en un año cuando el mundo, nuevo todavía, buscaba el equilibrio de sus elementos. Por lo demás, muchas cosas pueden realizarse en quince ó veinte centenas de años.

Un antiguo druida que viniese hoy á visitar los lugares donde estuvo la antigua Lutecia, no quedaría menos admirado, seguramente, que un hombre cuaternario en presencia de las civilizaciones más brillantes de la era contemporánea.

¡Ah, nos habláis del hombre cuaternario! Es un moderno comparado con el sér misterioso cuyas huellas ha descubierto la ciencia, no en las capas superiores del terreno terciario, sino en las intermedias del mismo. Allí yacen sílex cuyo destino no puede desco-

(1) «Es imposible confirmar esta prueba.» A. Wagner.—«La medida de la actividad, difiere según los tiempos.» C. Vogt: *Geología*.—De Humboldt: *Cosmos*.—Pertz: *Antropología*, Citados por Hettinger. *Apología del Cristianismo*, tomo II, Confer. xxii, pág. 86, edición de LA PROPAGANDA CATÓLICA.



nocerse, y que por sus retoques, por sus cortes simétricos y artificiales, correspondientes á otros naturales, por sus señales de percusión, atestiguan los intentos, el trabajo y el uso de un sér que se ha proporcionado instrumentos y se ha servido de ellos. Si este sér es el hombre, como todo induce á creerlo, ¡cuán grande es su antigüedad, y cuán distantes estamos nosotros de los datos bíblicos! (1).

Señores: he querido darne cuenta, por mi mismo del valor de esta dificultad. He visto con mis propios ojos y tocado con mis propias manos el terreno y los instrumentos en él hallados; y reconociendo la autenticidad y la importancia de este descubrimiento, nada me he conmovido; mis convicciones sobre la juventud relativa del hombre han permanecido tranquilas y serenas. Suponiendo que otras observaciones posteriores vengan á confirmar la única que se ha hecho hasta ahora, y permitan una afirmación general, esta

(1) Los instrumentos de pedernal de la época terciaria fueron descubiertos por el abate Bourgeois, director de la escuela de Pontlevoy, en el departamento de Thenay (Loire-et-Cher). He aquí los pisos del terreno en que se han descubierto:

*Aluvion cuaternario*, con sílex, tipo de Saint-Acheul.

*Veta de conchas fósiles*.—Sílex tallados.

*Arenas de Orleans*.—Sílex tallados.

*Caliza de Beauce compacta*.—Sin sílex.

*Caliza de Beauce en estado margoso*.—Sin sílex.

*Marga arcillosa con acrotherium*.—Sílex tallados, muy escasos.

*Marga con nódulos calcáreos*.—Sílex tallados.

*Merca de marga lacustre y arcilla*.—Abundantes sílex tallados.

*Arcilla en sílex*.—Sin sílex tallados.

El pliocénico no existe en la comarca; los instrumentos se han hallado en el miocénico inferior con base caliza de Beauce; éstos son martillos, taladros, raspadores y fragmentos de cachillos.

Para asegurarse mejor de que la presencia del sílex tallado en el terreno miocénico no era efecto de una recomposición del terreno, el abate Bourgeois ha llevado al escarpulo hasta hacer abrir un pozo vertical en la colina. Sobre la parte compacta de la caliza de Beauce encontró, junto con otros instrumentos, un trozo con señales de percusión.

La autenticidad del trabajo y del yacimiento ha sido admiti-

afirmación no contradicirá, de seguro, en nada los datos históricos de nuestros libros sagrados. Porque una de dos: ó los sabios llegan á reconocer que habian exagerado el valor de sus cronómetros, y se ven obligados á admitir que sus terrenos son más modernos, ó bien nuevos descubrimientos nos dan motivos para suponer un sér antropomorfo, que haya sido en la admirable progresión del plan divino, cuyas armonías estudiaremos en la Conferencia próxima, el bosquejo y el precursor del hombre, y entonces debemos atribuirle los instrumentos de la época terciaria. ¿No habéis observado, señores, en el reino animal esos centros maravillosos de industria, que yo compararía á los de la sociedad humana?

Hay en él hiladores, tejedores, mimbreros, leñadores, albañiles, y hasta monárquicos y republicanos. ¿Por qué no habrá habido un tallador de piedras, esto es, un animal capaz de disponer groseramente la pie-

da por todos los hombres competentes en la materia que han visitado y estudiado por sí mismos el terreno. Según hace notar con razón el abate Bourgeois: «Los hombres competentes para juzgar de semejantes descubrimientos no son los académicos, ni los arqueólogos, que han recogido algunas seguras palmentadas, ó bonitas flechas en forma de lenguetas; sino los hombres que han recogido sílex por millares, los han estudiado bajo todas las formas y en todos los estados, desde el trabajo más tosco hasta el arte más delicado; hombres que no se contentan con mirar ligeramente instrumentos, sino que ven y examinan detenidamente series numerosas, y establecen comparaciones con tipos incontestables.»

Con este procedimiento ha llegado el abate Bourgeois á una convicción tan profunda, de la cual es difícil no participar cuando se escuchan sus explicaciones. Véase su folleto (Bruselas, 1873): *Los sílex con señales de trabajo humano, hallados en el terreno miocénico de Thenay.*

Debemos advertir sin embargo, que á pesar de esa convicción que supone el orador, la Academia de Ciencias de Bruselas y la de París, después de oír á algunos de sus más sabios miembros, encargados de examinar la colección de Bourgeois, no ha admitido la explicación del señor abate, por no haber pruebas científicas de ser instrumentos de industria humana. Es decir, que, á juicio de las dos Academias, los supuestos instrumentos no son ni más ni menos que *juegos de la naturaleza.* (N. del T.)

dra para sus usos, y fabricar bien ó mal, martillos, tijeras, cuchillos, taladros y raspadores, para abrir los frutos, arrancar y limpiar las raíces de que se alimentaba? Bien considerado todo, los productos de su industria instintiva, comparados á los productos primitivos de la industria humana, no son más extraordinarios que la choza del castor comparada á la del salvaje.

Me detengo aquí, señores, por no abusar de vuestra atención. Sin duda quedan todavía otras dificultades que resolver; pero afirmo que no hay ninguna á la cual no pueda darse una respuesta satisfactoria, ó cuya solución no pueda legítimamente diferirse sin ofender á los que estudian en el libro de la naturaleza y sin herir la autoridad de nuestros sagrados libros. No pretendemos nosotros adelantarnos á la ciencia, porque no es ésta nuestra misión; pero la esperamos á pie firme en nuestras posiciones. ¿Qué digo? Poseedores de la ciencia suprema, promovemos todas las ciencias, y las convidamos á participar de los resplandores de su luz. Lanzaos en la inmensidad de los espacios ¡oh sabios! horadad la tierra, examinad sus capas más profundas, y llegad hasta su fuego central, y después venid á establecer en nuestra presencia el balance de vuestros descubrimientos; no nos asustaréis, no, ni siquiera podréis causar en nosotros admiración. Nosotros nos aprovecharemos de vuestros estudios; mas descartaremos con mano amiga las nubes con que rodeáis muchas veces la verdad, y purificaremos las aguas fértiles, enturbiadas con el cieno de vuestras preocupaciones. Vosotros nos acusáis, tal vez, de prevenciones injustas; os dejaremos hablar, y reconociendo vuestros servicios, no cesaremos, atendiendo á vuestro honor y al bien de las almas, de prestaros los nuestros. Continuad, pues, leyendo en nuestro libro: y si alguna vez llegáis á descifrar todos sus misterios, os hallaréis en presencia del Bossuet de la paleontología, que sabrá contaros palabra por palabra la historia natural y la historia sagrada, y convenceros de la perfecta armonía que reina entre los dos libros de Dios.

## CONFERENCIA XIV

### ARMONÍA DEL MUNDO

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

En nombre de la razón y de la ciencia hemos impugnado á los que pretenden hallar en el mismo mundo las pruebas de su autogénesis; hemos disputado con los sabios que, oponiendo á la narración bíblica los descubrimientos modernos, creen hallar contradicciones entre los dos libros de Dios: la naturaleza y la Biblia. Si se consideran atentamente nuestros argumentos y nuestras explicaciones, nadie podrá negarnos esta proposición formulada en la primera página de los libros elementales de nuestros dogmas católicos: «Dios ha criado el mundo en seis días.» Pacíficos poseedores de esta verdad fundamental, podemos contemplar ahora oportunamente la obra de Dios, admirando sus magnificencias y buscando en ella el reflejo de las perfecciones de su Autor.

La perfección divina existe en cada una de las cosas criadas. Esto es incontestable; porque la misma voz que con la virtud de su *fiat* llamó todos los seres criados á la existencia, proclamó igualmente su bondad: *Et vidit Deus quod esset bonum*. Sobre una escala en que el sér y la vida progresan indefinidamente, podemos seguir paso á paso las huellas y la imagen del Sér por excelencia, y de la vida infinita. ¡Cuán grande empresa sería la del que, pidiendo á todas las